

Esquela Costarricense No. 45

HISTORIA * GEOGRAFIA * ARQUEOLOGIA * HISTORIA NATURAL * GEOLOGIA

*
G
E
N
E
A
L
O
G
I
A

Ect.



REVISTA

— DE —

*
E
T
N
O
L
O
G
I
A

Ect.



COSTA RICA

SUMARIO

- ORIGENES DE LOS COSTARRICENSES. (Los Fernández) *Cleto González Víquez*
- MORAZÁN EN EL PERÚ . . . *R. Heliodoro Valle*
- LA LUCHA ES NECESARIA. *Ricardo Jiménez*
- DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE COSTA RICA.
— Carta de García de Quirós. *Carlos Gagini*
- FIESTAS TRADICIONALES. *Arcases*
- UNA EXCURSIÓN AL OROSÍ. *Oto Vega*

Año IV

No. 5

SAN JOSÉ, COSTA RICA

MAYO DE 1923

COLABORADORES:

Don Cleto González Víquez, don Ricardo Jiménez, don Manuel M. de Peralta, don Valeriano F. Ferraz, don Pedro Pérez Zeledón, don Ricardo Fernández Guardia, don Carlos Gagini, don Anastasio Alfaro, don Francisco Montero Barrantes, don Enrique Jiménez Núñez, don J. Fidel Tristán, don Alejandro Alvarado Quirós, don Claudio González Rucavado, don Gustavo Michaud, Monseñor Agustín Blessing, don Miguel Obregón, don Manuel Quesada, don Elías Leiva, don Luis Felipe González, don Matías Gámez Monge, don A. Esquivel de la Guardia, don Eladio Prado, don Lucas Raúl Chacón, don Hernán G. Peralta, don Ricardo Fernández Peralta, don Otón Jiménez.

REVISTA — DE — COSTA RICA

PUBLICACION MENSUAL

Número suelto 50 Cts. — Año ₡ 5.00

PRECIO DE AVISOS POR INSERCIÓN

UNA PLANA ₡12.⁰⁰

MEDIA PLANA ₡8.⁰⁰

ADVERTENCIA

Siendo el único objeto de esta Revista el de propagar toda clase de estudios patrios, la Dirección acepta y solicita cualquier trabajo que sea de la índole para el cual está fundada y dará su publicación si lo cree de interés general.

Toda correspondencia se dirige al Director

No se devuelven originales y los autores son responsables de sus escritos

Revista de

Costa Rica

(Publicación mensual)

AÑO IV

SAN JOSÉ, COSTA RICA, MAYO DE 1923

No 5

Director Propietario: J. FCO. TREJOS QUIRÓS. — Ap. de Correo No. 950

Orígenes de los costarricenses (I)

por Cleto González Víquez

FERNÁNDEZ

I

Este apellido al igual de González y otros de origen castellano, es tan común en España y en los países hispanoamericanos, y el nombre de Juan es tan vulgar, que llamarse uno Juan Fernández equivale, o poco menos, a no tener nombre alguno. Por eso los individuos que tienen o han tenido esa denominación, se ven o han visto forzados a usar el apellido materno para poder diferenciarse de sus numerosos homónimos.

En Costa Rica, como en las demás provincias de las Américas, se acercaron muchos Juan Fernández. Entre los que a la nuestra tocaron, se halla Juan Fernández Martínez, de cuya persona y familia he de ocuparme en el presente artículo.

*
**

Era el tal un burgalés nacido en la villa y honor de Sedano, pueblo que aun hoy día no pasa de quinientas almas. Sus padres se llamaron Agustín Fernández y María Martínez.

Don León Fernández, uno de sus más preclaros sucesores, nuestro plenipotenciario en Madrid, visitó a principio de 1885 el dicho pueblo de Sedano, conoció la vieja mansión de los Fernández, habitada aún por sujetos del mismo apellido y de la misma cepa, y supo que Agustín Fernández bautizado el 3 de setiembre de 1642, hijo de Francisco Fernández y de María Val, había casado el 15 de octubre de 1662 con la indicada María Martínez, hija de Agustín Martínez y María Fernández.

Estos antecedentes no dan lugar a suponer que la familia de Fernández Martínez ocupase en su patria un alto asiento. Sin embargo, en Costa Rica pocas ha habido tan fecundas en hombres notables, y puede asegurarse, sin temor de errar, que ninguna se ha distinguido más por sus condiciones de inteligencia y por otras relevantes prendas.

El mismo Juan Fernández Martínez llevó aquí una existencia oscura. No fué grande empresario, ni desempeñó elevadas funciones públicas, ni poseyó

(1) Tomado de *Pandemonium*.

considerables bienes de fortuna, ni se ligó con las familias que pretendían descender del Gran Capitán o del rey D. Pelayo. Por lo mismo, ni sirvió de pasto a las habillitas de la maledicencia, ni tuvo que soportar los envenenados dardos de la envidia: fué, en suma, un honrado vecino de Cartago, tranquilo en sus costumbres, contento de su medianía, y así trascurrió su vida, *ni envidioso ni envidiado*.

*
**

En 1699, por el mes de febrero contrajo matrimonio en Cartago con Cayetana de Acosta, hija del griego Antonio de Acosta Arévalo y de D.^a Josefa Aguilar.

Como era entonces de ordenanza, tuvo que otorgar carta dotal, o sea un reconocimiento ante notario de los bienes que le entregó, como dote de su hija, la mencionada doña Josefa, viuda hacía algunos años. Esos bienes ni eran muchos ni tampoco eran muy escasos para la época, pues apreciados por los evaluadores capitán Francisco Bonilla y alférez Francisco Fernández, resultaren valer tres mil doscientos setenta y cinco pesos.

Por vía de curiosidad y también para que los lectores se formen una idea de los precios de hace dos siglos, diré que Fernández recibió lo siguiente: mil árboles de cacao en el valle de Matina a dos pesos cada uno; un vale por 16 zurrónes de cacao que había de darle doña Josefa, puestos en Matina, mitad en la cosecha de la Navidad de ese año y mitad en la de San Juan del año siguiente, a veinticinco pesos cada zurrón; un solar en la calle real de Cartago, en sesenta pesos; una caja de cedro, seis pesos; un colchón camero con su funda de telilla de Guatemala, veinte pesos; un pabellón de lo mismo, treinta pesos; dos sábanas de lampote, dieciséis pesos; una colcha de hilo, veinte pesos; dos taburetes, siete pesos; dos sillas de sentarse, diez pesos; una silla jineta y un freno mular, veintidós pesos; dos camisas blancas de puntos y encajes, ochenta y cuatro pesos; otras dos labradas de seda colorada y cerradas con encajes, en cuarenta y cinco pesos; dos pares de enaguas de ruán labradas de seda y guarnecidas de puntas, cuarenta pesos; una casaca blanca de Holanda guarnecida de encajes grandes, cincuenta pesos, otra de color, quince pesos; otra blanca de crea, seis pesos; dos camisas de breña, veinte pesos; dos pares de media de seda con sus escarpines y sus ligas, doce pesos; dos pañuelos de Holanda, ocho pesos; seis pañitos chocalateros, nueve pesos; dos paños de manos de tela labrados, dieciséis pesos; una saya de raso labrada con encaje de oro, cincuenta y tres pesos; una casaca de felpa verde guarnecida de encaje de oro, cincuenta y un peso; un corpiño de lana verde, nueve pesos; dos almohadas blancas de barúndas y encajes, cuarenta pesos; y otras varias cosas que no enumero por no fatigar al paciente lector.

Era también de rigor que el novio ofreciese arras «en recompensa de la honra y virginidad» de la novia, y Juan Fernández ofreció quinientos pesos.

Con tal base de capital, un hombre de otro carácter habría logrado hacerse rico; pero Fernández carecía de las condiciones que sirven para encaminarse a la riqueza. Su inteligencia, un tanto soñadora, apreciaba el dinero, no como fin, sino como medio de satisfacer lo que eran las aspiraciones de su alma; y naturalmente gastaba sin reparar si las rentas superaban o no a los gastos. Había que alimentar y educar a los hijos, había que dar curso a la vocación sacerdotal de uno de ellos, pues se empleaban en cumplir esos deberes los bienes que la suerte le había deparado, sin detenerse a meditar en si el capital crecía o menguaba.

Por supuesto que, dada esta manera de comprender la vida y las exigencias de la posición, Juan Fernández Martínez tenía que irse empobreciendo: tener una familia numerosa, no privarla de una educación conveniente, y

mucho menos obligar a los hijos a padecer estrecheces a pretexto de insuficiencia de entradas, era receta segura para achicar una fortuna, de suyo pequeña; y así cuando en 1713 Fernández se vió enfermo de algún cuidado e hizo su testamento, confiesa que sus bienes habían venido a menos.

En dicho testamento se ve además otra cosa, y es que Fernández era hombre religioso y que confiaba mucho en la bondad de alma de sus prójimos. Véase si no la siguiente cláusula:

«Declaro que mediante tener reconocida la cortedad de mis bienes y que con ellos no alcanzo a satisfacer a todas las personas a quienes le soy deudor, les ruego y suplico por amor a Dios y por los méritos de su Pasión Santísima me lo perdonen por que así les perdone sus pecados y les lleve a descanso». A su mujer a quien elige como albacea pide también, «me perdone el menoscabo que han tenido sus bienes por haber sido voluntad de Dios el que hayan menoscabado y no mía.»

Lo que son los tiempos y el distinto concepto de la vida y de los deberes para con el prójimo: si Fernández hubiese muerto entonces, nadie habría dudado en atender la súplica del muribundo. Que le venga hoy cualquiera a un acreedor con el perdóname mi deuda para que Dios te perdone tus pecados y ya verá lo que saca. Y es natural que así sea: hoy vivimos una vida mercantil, que no tiene el más remoto parecido con la patriarcal de aquel entonces, y cada uno cuenta con lo que se le debe para cumplir a su turno con lo que debe.

* * *

Fernández no murió de esa vez, y siguió por muchos años arrastrando una vida de dificultades y de pobrezas. Las cosas tanto apuraron, que en 1736, para poder vivir, se resolvió a poner escuela de primeras letras.

No sé cuál sea la impresión de los demás; pero yo me he figurado siempre que persona que se dedica a enseñar a leer y a escribir, o siente una vocación irresistible, que admiro, o está para comerse los codos de la levita, si por acaso le queda o ha tenido esta noble aunque destestable prenda. Porque eso de estar días y días luchando con las torpezas y malacrianzas de los niños—tarea que requiere la paciencia de un santo—para ganar esos sueldazos que en todo tiempo se han pagado a los maestros de escuela, es francamente un trabajo desmedido e irritante, seguido de una recompensa hartó miserable.

No creo que Fernández Martínez se resolviera a caer en el magisterio por una de esas aficiones dignas de universal encomio, porque al tomar ese partido frisaba ya los sesenta. He de juzgar por lo mismo que lo hizo empujado por la necesidad. ¿Pero qué iba a sacar del empleo? Veamos lo que dice en su memorial al señor alcalde ordinario:

«Yo me hallo con ánimo deliberado de poner escuela y enseñanza de niños para que aprendan la doctrina cristiana, leer, escribir y contar, a lo cual me aplicaré con todo esmero y cuidado, pagándoseme lo acostumbrado por dicha enseñanza; y me obligo asimismo a recibir a todas los niños pobres que sus padres no tuviéren con que pagarme y a darles la misma enseñanza que a los demás, por cuyo trabajo se ha de servir V. de mandar se me asignen los veinticinco pesos que por costumbre antigua, por el muy ilustre cabildo de esta ciudad están mandados se den a los maestros que pusiesen semejantes escuelas».

El cabildo accedió a la petición y le mandó pagar los veinticinco pesos... anuales en cacao, «en atención a ser la parte presentada persona conocida y que cumplirá en el ministerio que deduce con su obligación, y con el cargo de que haya que dar educación y enseñanza sin estipendio alguno a cuatro niños hijos de personas pobres, y de que hará escritura en

forma. Los veinticinco pesos se entienden en cada un año de los que mantuviese dicha escuela por los cuatro niños pobres respecto a que los demás que fuesen a dicha escuela le han de pagar su trabajo.

Según aparece de otros documentos, la tarifa de los maestros de Cartago era entonces así: dos reales al mes los alumnos de cartilla, cuatro los de libro seis los de carta y ocho los de escribir y contar.

Ya podrá juzgarse por eso que la ocupación que tomaba en la vejez Fernández Martínez no era lo que propiamente se dice una prebenda o sinecura; y por este ejemplo puede verse que la suerte de los maestros en Costa Rica (para no valer de nuestro país) ha sido una suerte perra antaño y hogaño.

La escuela de Fernández se abrió en julio de 1736, mas duró apenas *el espacio de una mañana* como las rosas. De enero a abril de 1737 reinó en Cartago la peste que llamaron de las cejas, enfermedad rara que mató más de doscientas personas, y cuyas manifestaciones no se describen bien en los papeles del tiempo. Se sabe sí, como he referido en otra ocasión, que venía un dolor agudísimo sobre las cejas y que aparecían manchas en el cuerpo; y se sabe además que el atacado del mal a las pocas horas descansaba en el cementerio.

Una de las víctimas de la epidemia fué la mujer de Fernández, muerta el 7 de marzo. Y es de calcular que en los meses dichos no estuvieron abiertas las escuelas, y que después de la muerte de la Cayetana no estaría el pobre viudo en ánimo de enseñar el *baaba beeba*.

Por el contrario, la muerte de su esposa, compañera suya de dichas e infortunios por más de treintaisiete años, desalentó y sumió en honda tristeza a Fernández Martínez, hombre de imaginación viva y sensibilidad delicada. Y el 2 de diciembre del mismo año, terminó su bregar en este valle de miseria.

Arruinado y oscuro murió ese día el antecesor de ocho de nuestros presidentes y jefes de Estado.

Los hijos de Fernández Martínez fueron:

doña María, casada con Juan Macís y Barboza;

don Cosme Damián, que fué sacerdote;

don Andrés, casado con María Josefa Trejos;

doña Josefa, mujer que fué de Manuel Trejos y de Juan Macís Chávez;

doña Isabel, que casó con Hermenegildo Alvarado Jirón y Manuel Felice

Arlegui;

don Pedro Nicolás, casado con María Catalina Tenorio;

doña María Josefa, casada con Pedro José Corrales;

don Felipe, casado con María Josefa Umaña, y don Dioniso, casado con Petronila Valverde.

II

Felipe Fernández, el hijo de Juan Fernández Martínez, ha dejado una triste celebridad.

Casado desde el 7 de enero de 1743, cuando apenas había salido de la adolescencia, y establecido con su hermano Pedro Nicolás, en el valle del Murciélago, llevaba una vida de trabajo y de honradez, pero no dichosa. Su temperamento en extremo nervioso y su imaginación indomable le hacían sufrir de males, no por soñados menos sentidos: fué en efecto el tipo del marido celoso.

Doña Josefa, su mujer, era una dama virtuosa, incapaz de faltar a la lealtad jurada, ni de pensamiento ni de obra; mas ¿es preciso acaso que un motivo racional justifique las sospechas del hombre a quien domina esa pasión? Los celos se forjan por sí mismos su tormento. El celoso, que lo es por defecto de su organización, instruye en secreto el proceso, sin oír testigos ni

ni admitir pruebas de descargo; con los más tenues e inocentes elementos, que tergiversa a su manera, da por comprobado el delito y por convicto al acusado; falla sin apelación y luego ejecuta la sentencia. Y no hay en justicia que culpar al hombre de quien se enseorea esa enfermedad: realmente llega a ver lo que sueña, y es perfectamente lógica su conducta. Exigirle responsabilidad sería como exigirla al atacado de *delirium tremens* porque sintiéndose en una de sus alucinaciones perseguido y amenazado de muerte por un enemigo imaginario, hiere o mata al individuo en quien su cerebro exaltado supone la actitud hostil o el ademán amenazante.

Ambos a dos están enfermos, y no hay que pedirles que procedan como quien ve claro lo que existe y sólo lo que existe. Bastante tiene el celoso con estar a cada paso retorciéndose el corazón por agravios que su mente crea.

Y los celos de Felipe eran tales y su pasión lo cegaba de tal modo, que veía rivales en sus propios hijos. Nada podía, para acallar la mentirosa voz que le gritaba dentro del pecho, el pensar que entre madre e hijo no cabían afectos criminales y que las caricias de la una para el otro no eran sino manifestaciones del cariño más puro y desinteresado que pueden experimentar los mortales. Ni reparaba Felipe en que su mujer no era una belleza, que a sus otros encantos agregase el de la juventud y lozanía. Ni tampoco en que doña Josefa, madre amorosa y abnegada, tenía más que suficientes quehaceres con atender a sus doce hijos y los nietos que empezaban ya a llegarle. Felipe no veía nada de esto: veía tan sólo las visiones con que lo mortificaba su cabeza delirante.

Así fué que ni treinta y cinco años de matrimonio, ni los estragos que el tiempo y la familia hicieron en el cuerpo, antes gentil de doña Josefa, ni la edad avanzada que calma tantas agitaciones y furoros; ni el encanto de los nietecillos que a las veces amansan al más hurraño y suavizan al más adusto; nada logró impedir que se consumara la horrorosa catástrofe.

*
*
*

El 2 de setiembre de 1778 la vivienda de Felipe se halló repleta de parientes y amigos suyos, que acudían a festejar una triple boda: la de doña Lucía con don José Mateo de Mora; la de doña María de los Santos con don Felipe de Alvarado y la de doña Antonia Josefa con don Antonio Fernández de Castro.

La fiesta era un verdadero acontecimiento, no sólo por lo raro de casarse en un mismo día tres hermanas, sino también porque los esposos pertenecían a las mejores familias de la Villa Nueva. Eran éstos en efecto hijos de tres sujetos de influencia y de acómodo: los capitanes don Camilo de Mora, don Miguel de Alvarado (rebiznieto de don Gil, fundador del apellido) y don Rafael de Castro.

El casamiento, como era costumbre entonces, se verificó en la madrugada; y después de las bendiciones y ceremonias de la iglesia, siguió la fiesta todo el día en casa de los padres de las tres doncellas.

Tanto Felipe como doña Josefa dispensaron a sus invitados las más delicadas atenciones, y puede asegurarse que en ese venturoso día no se respiraba sino placer y contento en aquella casa.

*
*
*

El 4 del mismo mes—dos días después de las placenteras bodas—amigos, parientes y curiosos corrían en desordenado tropel al mismo recinto. Pero ¡qué diferente espectáculo, y qué emoción tan diferente! Tendido en el suelo, sobre un petate, en medio de cuatro candelas, con una cruz sobre el pecho,

yacia el inanimado cuerpo de doña Josefa; la cabeza casi desprendida del tronco.

Más que repugnancia al descubrir aquella disforme herida, sintieron espanto los curiosos y deudos al saber que el autor de la tremenda desgracia era el mismo Felipe Fernández.

¿Cómo sucedió el hecho? La causa que guardan los archivos va a decirnoslo.

*
**

Antonia, la hija del matador, fué la única persona que presencié el lance en sus comienzos. Al oscurecer aquel día disputaban en su alcoba marido y mujer por el eterno motivo de los celos. Felipe, más arrebatado que nunca, perdió el dominio de sí mismo y golpeó a su mujer en la sien izquierda. Al ver el mal cariz que tomaba el asunto, Antonia trató de sujetar a Felipe agarrándolo por detrás, pero éste amenazó a la hija, que tuvo que apartarse. Enfurecido Felipe y viendo que doña Josefa trataba de huir, tiróse debajo de la cama, sacó de ahí el espadín sabluno de su uso y persiguió a su mujer que se escapaba. Al llegar cerca de la cocina, un mandoble alcanzó a doña Josefa en la nuca, y sin más tiempo que para decir ¡Jesús! cayó boca abajo, muerta.

A ese tiempo y a los gritos desgarradores de la Antonia, llegaron Juan Umaña, hermano de doña Josefa, doña Josefa Fernández, hermana de Felipe, y cuantos en la casa se encontraban, a ser testigos únicamente de aquel trágico suceso.

Felipe huyó y a eso de la media noche se presentó en la casa de Juan Fonseca, por el lado de Tres Ríos a Cartago. Interrogado sobre la causa de su viaje a hora tan inoportuna, Felipe le dijo: «Hombre, he dado un golpe a mi mujer que no sé si la he muerto o esté viva». Al día siguiente, domingo, dióle un puñal para que con su valor mandase decir una misa por doña Josefa y le rogó además que le llamase un sacerdote, pues quería confesarse. Fonseca, en vez de cura, acudió a la justicia, y una guardia al mando del capitán Baltazar de Mora vino a prender al reo.

Poco antes de ser preso vió Felipe que asomaban por el camino su hermana doña Josefa, que se dirigía a Cartago, en donde vivía, y Hermenegildo Aguilar, yerno de Felipe, que la acompañaba. Salióles al encuentro e informado de lo ocurrido y de la muerte de doña Josefa, echó a llorar. Dió entonces el espadín a Aguilar y le dijo: «Hijo, toma este espadín y con él mandámele decir seis misas a mi mujer».

La justicia siguió el proceso respectivo. De él consta, por la declaración de don Cornelio, su hijo, que Felipe celaba a doña Josefa hasta con él, y sus otros hermanos, y que «el celo y recelo que el agresor tuvo con el que declara, era general con todo verbo hombre de la casa y fuera de ella, parientes, deudos y conocidos y por conocer».

La defensa tenía que consistir y consistió efectivamente en que Fernández no gozaba de sus cabales. «Es constante—dice don Manuel Antonio Arlegui, su primer abogado—y estoy pronto a justificar con suficiente número de testigos que así ahora, en aquel día y más ha de doce años que lo tiene perdido (el juicio), y se halla falto de todos los sentidos». La prueba que sobre este punto se rindió fué enteramente satisfactoria, y uno de los testigos que en la causa declararon es el padre Chapuí, cura de Villa Nueva, de quien era Felipe feligrés.

Natural era esperar un fallo absolutorio, dado que el homicida no era un criminal, sino un monomaniaco. La sentencia lo condenó sin embargo a seis años de confinamiento en el castillo de San Juan.

Afortunadamente esa pena fué conmutada más tarde por encierro en el hospital de Granada.

MORAZÁN EN EL PERÚ (1)

por Rafael Heliodoro Valle

La primera noticia que se tuvo en el Perú, sobre la salida de Morazán apareció en «El Comercio», de 30 de julio de 1840:

«Noticias de Centro América.—Sabemos que el Presidente de la República general Morazán se halla en Chiriquí (sic) pueblo de Nueva Granada. El general Carrera le ha sucedido en el mando de su República, cuyo país está en una completa guerra».

No era purista el escritor que dió la nueva, pero ella es de gran interés para la cronología morazánica. El 11 de agosto el mismo diario insertó una «Nota que el general Morazán dirige al gobierno al separarse de la Jefatura del Estado del Salvador, fecha 3 de abril de 1840».

Morazán salió del puerto de La Libertad el 8 de abril, depositando el poder en el Consejero Cañas. En su séquito iban los hombres más prominentes del liberalismo militante. El 16 de julio de 1841 dirigió su célebre Manifiesto de Chiriquí, y estando ya en dicha población, entonces colombiana, el Presidente del Perú general Gamarra (siguiendo al biógrafo Martínez López, quien lo supo de don Cruz Lozano) le hizo varios ofrecimientos para ir a dicha república, entre ellos el de «que fuera a hacerse cargo del Ministerio de la Guerra, o el mando de 5.000 hombres que estaban para marchar al encuentro de los chilenos (entonces estaban en guerra Perú y Chile) o el empleo que él quisiera, pero Morazán le contestó manifestándole su gratitud y diciéndole que no podía aceptar porque sus deseos más ardientes eran regresar a su país!» Si lo de la oferta del Ministerio fué cierto como lo de que los chilenos estaban en guerra con los peruanos, entonces hizo malos recuerdos el señor Lozano. El general Gamarra, que había estado desterrado en Centro-América, quería corresponder en la persona de Morazán las atenciones que nuestra hospitalidad le había dispensado.

Entre los compañeros de exilio que no pudieron desembarcar en Costa Rica figuraban el general Máximo Orellana, el general Miguel G. Saravia, el coronel Cruz Lozano y José Antonio Ruiz, hijo del héroe. Me atrevo a creer que Orellana llegó primero que ellos, porque en el diario «La Bolsa», publicado en Lima, N.º 102, del 19 de mayo, publicó el siguiente remitido:

(1) Tomado del *Boletín de la Escuela de Varones*, Año II, N.º 23.—Tegucigalpa.

«Respecto a la amnistía general de que habla El Comercio que debía decretarse en el Estado del Salvador para el general Morazán y sus *partidarios*, debo decir que no estoy conforme con el nombre de *partidario* y pienso que mis demás compañeros de desgracia lo repugnarán también; porque nosotros no hemos sido partidarios sino de la justa causa que acaudilló victoriosamente aquel digno y esclarecido general. El se propuso sostener el honor y dignidad de la nación, defender las instituciones que creaba un gobierno general, destruir el fanatismo que vimos en su última agonía, contener las atrevidas y ambiciosas pretensiones de algunas familias, que por todo mérito alegan un despreciable pergamino; debido muchas veces al oro o al favor, y conquistado muy pocas veces por el mérito de sus mayores, enfrenar a las masas ignorantes que tan mal uso hace de las hechiceras palabras de LIBERTAD e IGUALDAD, y en fin, fomentar el comercio y la agricultura y hacer positiva la educación pública. Tan nobles y útiles proyectos tuvieron únicamente partidarios; el general Morazán sólo leales amigos y admiradores de su acendrado patriotismo y singular desinterés a cuyo número se honra de pertenecer M. ORELLANA».

No tenía Morazán mayor prisa de llegar a Lima, a pesar de su amistad con Gamarra que estaba entonces en el apogeo de su gloria y de sus títulos; Presidente, Gran Mariscal y Restaurador del Perú. Los buques del Norte que llegaban al Callao en vez de llevar en su pasaje al general Morazán iban cargados de arroz y de aceite de esperma. Los días que se perdía el caudillo proscrito en aquella tierra calurosa de David! La vida era muelle y fina en Lima. La Rossi y la Pantanelli hacían gorgoritos en el Teatro Principal, importando esa curiosidad de mal gusto que se llama la ópera. Los periódicos de la época hacían sonar todas las campanillas en honor de las cantatrices y a diario surgían admiradores desenfrenados de Bellini que lloraban en su butaca con Romeo y Julieta. En esos días llegó al Callao el primer buque de vapor que iba a hacer el servicio del Pacífico, y la población porteña entusiasmada al ver andar un buque sin necesidad de velas, quemó cohetes y llevó lanchas con bandas de música que en torno del buque (se llamaba «El Perú») celebraban el magnífico suceso! Un suntuoso banquete y un rasgo de elegancia que se perdió de presenciar, por no haber llegado a tiempo, el general Morazán! Al general Gamarra le ofrecieron un gran almuerzo a bordo del vapor, pronunciándose brindis larguísimos, y la sociedad limeña, entusiasmada con la novedad contrató el buque para hacer una excursión a Chorrillos, el balneario de moda entonces, excursión en la que la mayor parte de las señoritas se marearon horriblemente con gran sentimiento de los aficionados a valsar.

El 16 de setiembre «La Bolsa» dijo:

«GENERAL MORAZÁN:—Hacen pocos días que este distinguido americano pisó las playas peruanas honrándonos con su visita. El general Morazán, a quien sus propios enemigos no le pueden negar este mérito positivo, que hace enmudecer a la rabiosa envidia, supo cuando estuvo en la cima del poder y de la fortuna, dulcificar la amargura del destierro a muchos peruanos, entre ellos a S. E. el general Gamarra. La gratitud, pues, la civilización y todas aquellas simpatías que hace brotar en el ánimo la presencia del mérito desgraciado, nos obliga a dirigirle este pequeño, pero sincero homenaje de estimación y de respeto. ¡Ojalá el general Morazán encuentre entre nosotros aquellos nobles sentimientos únicos capaces de consolar al hombre filósofo lejos de su patria y de su familia. E. E.»

La falta de crónica en los diarios de la época nos priva del placer de las noticias sobre su desembarco, acogida y hospedaje. El artículo es bastante cariñoso y demuestra el aprecio que se tenía por el caudillo centroamericano, pues el diario se daba pocas veces el lujo de esos comentarios editoriales. Ya no encontró en Lima a su distinguido amigo Gamarra, quien el 14 de julio había salido de la capital a pacificar las provincias vecinas de Bolivia, constantemente inquietadas por Santa Cruz y donde pocos meses antes había sido sofocada sangrientamente una revolución. Era entonces Presidente del Consejo de Estado don Manuel Meléndez, y Gamarra siguió en el Sur hasta que se declaró la guerra con Bolivia (no con Chile como aseguraba el coronel Lozano, pues Gamarra era amigo de los chilenos). Parece difícil que Morazán haya ido al sur a saludar a Gamarra. Los periódicos limeños (mejor dicho «La Bolsa») nada vuelven a decir sobre Morazán hasta fines de 1841 y acerca de su estadía en la capital no sabemos de importante más que cultivó buenas relaciones con el general José Rufino Echenique, más tarde presidente (amistad estrecha dijo Lozano a Martínez López), los señores Escalantes y el general Pedro Bermúdez, cuñado de éstos, que había estado tomando parte activa en Centro-América bochinchera y que de regreso al Perú recibió de Costa Rica varias cartas de enemigos del Jefe de aquel Estado, amigos de Morazán, para que fuese intermediario entre ellos y el general emigrado a fin de lograr su regreso en armas.

Cuatro meses permaneció Morazán en Lima, de setiembre a fines de diciembre, y el 18 de noviembre había muerto Gamarra en Incahue o Ingavi, única batalla contra Bolivia. Nuestro general tenía cita para setiembre de 1842 en San José de Costa Rica y le era urgente cumplirla. Había recibido en vísperas de su viaje a Chile una proclama del Supremo Director del Estado de Nica-

ragua en la que se llamaba con urgencia a todos los centroamericanos que se encontraban fuera, para que acudieran a defender la soberanía de la nación, pues los ingleses se habían apoderado del puerto de San Juan del Norte, y también había recibido una comunicación del Ministro general de Nicaragua en que le instaba para que viniese a prestar su contingente valioso. No aparece el nombre de Morazán en ninguna de las listas de pasajeros salidos del Callao en esos días, y eso hace creer que fué a pie de Lima a Guayaquil donde se hizo de algunas provisiones: bajó a tierra y se encontró con el Presidente del Ecuador general Juan José Flores, quien lo rodeó de atenciones y lo felicitó por su regreso. El 15 de febrero de 1842 Morazán arribó al puerto de La Unión, después de 1 año, 17 días de ausencia.

LA LUCHA ES NECESARIA (1)

por Ricardo Jiménez

En una sociedad en la cual todos sean de un mismo parecer, habrá equilibrio estable de las voluntades, pero ese fenómeno también puede llamarse de estagnación; allí habrá paz, mas no progreso. Las sociedades van hacia adelante sólo a condición de que haya en su seno espíritus descontentos y voluntades pugnaces. Que la lucha haya de ser sin balas explosivas, sin flechas envenenadas, en fin, guerra civilizada, como si dijéramos, santo y bueno: pero lucha nos es forzoso tenerla. En el frontispicio de la República no podemos inscribir el lema:—*La paz reina en Varsovia*, sino el de los positivistas, que implica desasosiego, aunque no revuelta:—*El progreso en el orden*. Nadie más tolerante y manso que Jesús; y sin embargo son suyas aquellas palabras:—*No penséis que he venido para meter paz en la tierra*. La grandeza del gobierno republicano consiste en que estimula la diversidad de opiniones; en que permite pensar de distinto modo que los depositarios temporales del poder; en que es por excelencia el gobierno de libre examen, de los encontrados pareceres. La ley de la vida es la continua acción y reacción, la lucha perpetua en la arena. Dejamos los hombres de querrellarnos cuando la inquieta llama de la inteligencia se extingue. En los cementerios cesan las voces discordantes de los hombres; pero, también, aquellos son los dominios estériles de la muerte. La sociedad política en que no se oye desde lejos el tumultuoso rumor de las discusiones de la plaza pública, podrá gozar de la felicidad en que pensaba Lutero, al exclamar en el campo santo de Worms:—*Invideo quia quiescunt* mas nunca, de la que ansían pueblos vigorosos y libres.

Cuentan que en Sebastopol los soldados franceses y rusos, después de la lucha del día, fraternizaban en la dulzura de la tarde. He aquí un símbolo admirable.

(1) *La Aurora Social*, 17 de Setiembre de 1912.

Documentos para la Historia de Costa Rica

Publicados por Carlos Gagini

Carta de García de Quirós

Al doctor Pedro Sanchez de Araque del consejo de su mag^d y su oydor en la rreal audiencia de Guatemala, bisitador general de su distrito eta en Granada.

Con pena escribo esta carta a vmd por entender la que vmd a de rreçibir en el suceso de la infeliçe jornada que don Diego de Sojo fue a haçer a la *tierra adentro* y para poblar y rredificar la çiudad de Talamanca porque alla à suçedido como vmd siempre dixo que no era pusible que don Diego pudiese açertar en cosa: ansi señor, que vmd açertó en todo porque el la ha deshecho como la sal en el agua como vmd verá por cartas que de particulares van; como testigos de vista diran lo que en ello ay, ansi que en este particular no canso a vmd. Ansimismo no tuvo efeto el poblar a *Tariaca* ni *Tamara* no sé que fue la causa sino solo deçir que como faltó el principal de la rredifiçación faltó estotro. En lo que vmd iço merced a esta çiudad de enbiar la polbora toda ella por la merced le hiço besa a vmd las manos y se pagara con puntualidad y se le sacara a vm de la palabra que vm enpeño que quando....(roto).... capitán Juan de.... por no auer... la poluora que esta.... grande que se lleuo.... por oras la aguardo que bien sera me pessar segun entiendo y beo las cosas desta tierra. El dia de San Fran^{co} que fue a quatro de este se lleuo Dios a Ana de Torres que era la encomendera de la una parte de los *Quepos* que la otra es de su mag^d Vm se sirna auisar dello a esos señores de la rreal audiencia para que no se encomiende por euitar los pleytos que hasta agora a auido en rraçon de ser *Quepos* rrio y por ser puerto aquel de aquella prouincia que ynportara mucho a su mag^d andando el tiempo y ser ley de su majestad que no se puedan encomendar yndios donde uviere puerto a ningun particular. Va testimonio con esta de la muerte de la susodha y escribo al s^r fiscal en rraçon dello para que pida lo que mas convenga al seruicio de su mag^d y porque al presente no se ofrece otra cosa de que poder auisa vm mas de suplicarle me quiera mandar y ocupar en su seruicio que lo are como deuo y soy obligado y deseó mucho saber de la salud de vm y como se hälla vm por alla de aquella yndisposiçión que de aqui lleuo p^a el qual guarde y de la salud que yo deseo. De Cartago y Otubre 16 de 1611 años.

Muy seruidor de vm

J. García de Quirós

FIESTAS TRADICIONALES

por Arcases

La bendición de los bueyes

(Fiesta de San Isidro, el 15 de mayo)

Imaginad la plaza llena de gente.

Larga fila, interminable, de carretas cargadas de leña, y de yuntillas jóvenes de bueyes tirando de pesadas trozas, se extiende desde la calle real hasta frente de la Iglesia. El sol, ese sol de invierno que quema con sus rayos y hace quejarse, sofocadas, las techumbres de las casas, desciende sobre el gentío sudoroso y estrujado, que en oleadas compactas y bamboleantes, forcejea por ver el espectáculo.

En las gradas del templo, el Cura, situado tras la imagen del venerado San Isidro, el de los *moticos* de palo,—como dicen los chiquillos—no cesa de dar gracias e impartir bendiciones, al tiempo que recibe los donativos que aquel interminable tren de boyeros pone en sus manos. A su lado están también algunas respetables personas: se ven allí el señor Alcalde, el Jefe Político, el Director de Escuela, y el barbero del lugar, que pasa por ser hombre instruido y de buen discernimiento.

A cada nueva carreta que pasa por delante de la imagen, mil cabezas sobresalen del gentío llenas de curiosidad por ver lo que el conductor de ella, dá para el santo. El momento es de suprema emoción: el boyero detiene su yunta ante el Cura, hace una reverencia a la imagen, y respetuosamente pone en la bandeja que está a sus piés, el donativo. Después espera que su largueza sea pagada, con las respectivas gracias del tribunal que lo observa, y con una solemne ruciada de agua bendita.

Algunos donantes son espléndidos: atan en cada cuerno del animal hasta un billete de veinte colones que el sacristán se apresura a reemplazar diligentemente por una banderita de colores con la inscripción: «*El glorioso San Isidro Labrador colme de gracias a sus hijos de Coronado*», mientras la muchedumbre aplaude y grita frenética y entusiasmada. Otros, si no tan espléndidos, gastan su buena voluntad en presentar su donativo de la manera más artística y caprichosa posible: forman con un puñado de *tercerillas* (papel moneda de veinticinco céntimos, de color verde claro) frondosos arbolitos de curioso aspecto, que amarran al centro del yugo o que llevan en sus manos. Hacen también extrañas figuras e imitaciones de flores, con billetes retorcidos y monedillas colgantes hábilmente colocadas, que llaman la atención a todo el mundo y arrancan exclamaciones de contento a toda la chiquillería. Todos los donantes, una vez bendecida su yunta y ruciada su carreta y algunas veces su curtido rostro por el hisopo incansable del padre, van desfilando poco a poco hacia la plaza, en donde henchidos de orgullo y satisfacción, descargan rodeados de multitud de admiradores, el precioso contenido de su carreta.

Es curioso ver entonces, como aquella plazoleta pocos momentos antes

verde y limpia, se va transformando rápidamente en un mar de leña, montones de arena del Virilla, de piedras grandes, de cal, de ripio, troncos gruesos y estacones, que han de ser vendidos luego a beneficio de la Iglesia.

Terminada la bendición de los bueyes, en la mañana, y la de los lecheros en la tarde, comienza el festival del Turno.

Se han alzado de propósito al rededor de la plazuela, pintorescos barracónes hechos improvisadamente de troncos de árboles aun reverdecidos, y cubiertos por hojas secas de plátano sostenidas por bejucos. Alrededor de las barracas, de amplios mostradores y surtida bodega, llena de frutas, dulces y multitud de golosinas, bulle agitada y nerviosa, una multitud ensordecedora que no cesa de comprar. Sobre las mesas, se ofrecen tentadoras a la vista, y no menos a las moscas, mil cosas frescas y deliciosas, como turrones de dulce, confites, jaleas de guayaba, tosteles, melcochas y carnes fiambres de toda clase. Tampoco faltan los deliciosos *tamales*, las tortas de arroz, el *pan de rosa* y los queques esmeradamente aliñados. Los *gallitos* de tortilla envolviendo suaves pechugas de pollo y recocidos tasajos de cerdo, lo mismo que los *sandwichs* de frijoles y huevo duro, son las viandas preferidas por el público, que si no fuera por las *kolas* y los frescos de frutas que allí se sirven, a duras penas podrían bajar manjares tan secos.

Las mozas campesinas, todas en traje de fiesta, engomado y coloroso a pacholi, hermosas y sonrosadas, corren de aquí a allá, rifando platos compuestos, queques, gallinas frías de pálida y erizada piel, cuando no almohadones bordados, gorritos finamente confeccionados, corbatas de seda con inscripciones en colores, todas románticas y apasionadas, como *Roberto mío*, *Te amo*, *Siempre tuya*, etc.

Los mozos, no menos bien puestos, con su chaquetilla ceñida, sus pantalones de dril lavado, su sombrero de pita a la *pedrada*, y los pies brillantes y sonrosados de puro limpios, no cesan de hacer ojos a las rifadoras y echarles pipos que las hacen ruborizarse y a veces fruncir el ceño medio enojadas.

Las listas de las rifas se van llenando como por encanto, porque el vaporoso *chirrite* y la sabrosa *chicha de maíz*, quita el temor de hablar a las diligentes mozas, e impide negarles nada a los muchachos.

De toda la muchedumbre reunida en la plaza, se levanta un sumbido ensordecedor como el de una colmena de abejas irritadas.

Por allí andan el agente de policía y los *comisarios* todos armados de temible *chopo* y afilada cruceta, con la frente arrugada y procurando no meterse con nadie para que un *trago* no vaya a hacer flaquear la vara inexorable de su justicia. Los concurrentes los ven pasar sin atreverse a fraternizar con ellos. Comprenden cuán necesario es que la policía en ciertos casos ande *fresca* y sea capaz de poner orden cuando los vapores del licor comiencen a irritar los ánimos y obliguen a desenvainar los *machetes*.

El ingenioso coplero anda, con su cara embadurnada de *blanco española* y *achiote*, recitando a todo el mundo sus *cuartetos* mientras alarga el vaso repleto de *dieces* que ha de recibir su limosna. Los gritos de los rematadores y los *banqueros* de las mesas de escamoteo y rifa de *mecates*, llenan el ambiente con su bronquedad. Los ecos lejanos de la marimba y la guitarra, reemplazada a ratos por la dulzaina, ponen, con sus acentos alegres, y rústicas melodías, la nota jubilosa de la escena. Cada vez que el marimbero yergue los bolillos con intención de tocar una nueva pieza, y el de la guitarra toma el instrumento e inclina su cabeza sobre los trastes, cerrando los ojos, suavemente, como sintiendo un placer supremo lleno de voluptuosidad... los circunstantes rompen en agudos y prolongados gritos, que nacen potentes y brillantes, para extinguirse débiles y dulces, con un dejo de melancolía...

Por un momento, así, viendo este espectáculo raro, pintoresco en extremo, nos creemos transportados a los tiempos pretéritos de los festivales de

la raza indígena. de hogueras encendidas, danzas macabras, desenfrenadas orgias, y derroche de plumajes...

Por fin, la gente comienza a disgregarse. El sol que antes brillaba quemando, ya no se siente. Comienza a oscurecer. Grandes nubarrones se ciernen por sobre las cabezas, y devoran rápidas, empujadas por el viento de agua que ya azota como un aviso todos los rostros, el espacio, que de celeste puro, se va transformando en gris, hasta parar en negro. Es poca la gente que queda en la plaza. Las músicas siguen sonando confiadas en el abrigo de los barracones, pero ya nadie las escucha de cerca a no ser la gente que se acurruca en sus aleros. Los truenos retumban por la bóveda oscura con la amplitud de una hecatombe. Los rayos, de cuando en cuando despuntan amenazantes, con fulgores siniestros de tormenta. Todo ha quedado de pronto en el mayor silencio. No se mueve ni el aire. En todos los techos se ha sentido un granular que se esperaba.

Ha comenzado a llover...

Cartago, mayo de 1923.

Una excursión al Orosí

por Oto Vega M.

Desde hacia mucho tiempo venía oyendo decir que era imposible subir al Orosí y, hasta en una geografía leí que «la salvaje y densa vegetación que cubre faldas y cumbres imposibilita el ascenso a estas».

Conversando con don Carlos y con don Raúl Barrios me informaron que ellos habían hecho dos tentativas de llegar a la cima y que habían fracasado porque los compañeros echaron pie atrás y porque en pleno mes de abril les cayó un largo y fuerte aguacero.

Por otra parte los campesinos supersticiosos me decían que el volcán se enfurecía cuando alguien trataba de llegar a su cima y me hablaban de retumbos, temblores, etc.

También se escuchan muchas leyendas respecto a él. Se dice que un fraile pretendía ascender y que entonces el coloso comenzó a retumbar y a moverse. Que el cura dijo a sus compañeros: «Este volcán debe tener minas de plata» y se oyó una voz misteriosa que contestaba «Plata no, Oro sí». De allí el nombre que lleva.

Desde el corredor de la escuela diariamente lo contemplo, generalmente con la cúspide envuelta en nubes, rara vez despejado. De lejos parece inaccesible, se ven grandes derrumbaderos, profundas cañadas, cortes verticales, selva tupida. Resuelto a resolver el enigma de su cumbre, organizo una expedición. Llegado el día de la partida, este compañero acobarda, el otro pone pretextos, por fin me junto con cinco, son ellos: Tobias Cortés, Antonio Barth, Justiniano Zamora, Diego Méndez y Emiliano Morales. Llevamos provisión para ocho días. Montados en sendos caballos salimos al atardecer del 17 de este mes a dormir a Orosí, hacienda de don Luis Morice, que está vecina al volcán. La mañana del 18 la empleamos en examinar las faldas, para ver por qué lado debemos llevar a efecto la ascensión. Tres son las rutas que se pueden seguir: por «Mata Redonda» que da acceso al cerro del «Cacao» de donde se puede pasar al Orosí, la desechamos por lo larga; por «Llano Largo», menos empinada, pero con muchos *canforros* y por el «Pedregal», llano que conduce a un filete que parece llegar hasta la cima. Nos aventuramos por este último lugar. De la hacienda al Pedregal tardamos dos horas a caballo. Nos proveemos de agua en un riachuelo que llaman de «Las Yeguitas», por si adelante no encontramos como en efecto ocurrió. El Pedregal es un llano de muchas hectáreas de extensión cubierto de zacatales y de miles y miles de piedras de todas formas y tamaños. De aquí devolvemos las caballerías y continuamos a pie: la brújula nos dice que tenemos que marchar hacia el N. E.; el termómetro marca 27° centígrados. Donde comienza la selva ya escasean las piedras; la maleza es rala y avanzamos fácilmente abriendo un sendero con el cuchillo. Hemos caminado una legua y ya hemos subido 500 m., como 1.000 m. desde el nivel del mar. Observo el termómetro y marca 22°. Acampamos, pues la noche se nos viene encima.

Del lugar donde pernoctamos, para adelante, el terreno va en mayor desnivel; a uno y otro lado se observan grandes precipicios; marchamos sobre un lomo poco ancho que se estrecha en partes hasta el tanto de una vara. Los árboles son menos altos y menos copudos; los matorrales comienzan a espesarse y a dar trabajo al que va abriendo la ruta. De pronto nos sentimos

en la cima; una espesa nube nos envuelve; el termómetro ha descendido hasta 15°; la brújula ya no marca el N. E. vamos directamente hacia el E. hacia donde se adivina el punto culminante; el viento sopla con gran violencia; caminamos sobre una alfombra de raíces cubiertas de líquen y de musgo, estas criptógamas cubren aquí a todos los pigmeos arbolitos desde las raíces hasta las últimas ramitas. Cosa digna de notarse es que unas raíces se agarran al suelo con feroz tenacidad, mientras que otras se entrelazan formando tupida red oponiéndose con éxito a las embestidas del viento huracanado.

Con dificultad nos abrimos brecha por entre la vegetación exuberante; subiendo por una especie de gradería de musgos y de raíces y sosteniéndonos en los troncos de los arbolitos, llegamos a la meta. Son las diez horas y el termómetro marca 13°. La cima que hemos recorrido es larga y angosta, a derecha e izquierda se abren vertiginosos abismos. Nada de cráter, suponemos que esté en las faldas y ya cubierto de vegetación.

Los panoramas que desde la cúspide se contemplan son bellos sobre toda ponderación, aunque la niebla solo por instantes nos permitía ver a lo lejos, los paisajes que hirieron nuestra retina dejarán un recuerdo imborrable.

La Cruz, 23 de abril 1923.

LIBRERIA TREJOS HERMANOS

ULTIMAS NOVEDADES

M. DE TORO Y GIBBERT.— Diccionario Campano ilustrado.....	€ 7.00
E. LIGER.—Guía práctica de topografía práctica.....	6.50
ROBERT W. CHAMBERS.—La modelo.....	4.00
GUILLERMO DE TORRE.—Hélices- (Poemas).....	3.00
VALENTÍN DE PEDRO.—El arlequin azul.....	3.75
CONCHA ESPINA.—La niña de Luzmela.....	3.00
JEANNE DE COULOMB.—Alma dormida.....	3.50
J. LANGLEBERT.—Química.....	4.50
» » —Ciencias naturales.....	4.50
» » —Física.....	4.50
F. M. DOSTOYEVSKI.—La confesión de Stavrogin y La vida de un gran pecador...	2.50
FRANCISCO CAMBA.—El vellocino de plata.....	4.00
J. DE COULOMB.—El camino de ronda.....	3.50
PAUL BOURGET.—Anomalías.....	3.50
P. ESTEBAN MORÉN L.—Fundamentos de cultura Literaria.....	6.00
ALEJANDRO KUPRIN.—El Duelo.....	4.00
P. CAGNY Y R. GONIN.—Higiene y enfermedades del ganado.....	12.00
E. SERVIERE.—L' Electricité chez soi.....	1.50
PAUL MORAND.—F'ermé La nuit.....	3.00
J. B. ANDAR.—Les secrets des tables tournantes.....	1.50
J. BERTAL.—Comment Placer son Argent.....	3.00
A. T' SERSTEVENS.— Le vagabond centimental-Roman.....	3.00
LOUIS HÉRON.—La Belle que voila.....	3.00
E. SERVIERE.—L' éclairage électrique chez soi.....	1.50
ALEXANDRE DUMAS.—Le capitaine pamphile.....	2.00
JULES VERNE.—Un drame en Livonie.....	2.00
P. J. STVHL.—Histoire d' un ane et de deux Jeunes Filles.....	2.00
ERCKMANN.—Chatrian-contes choises.....	2.00
PAUL HORMET.—Comment guérir la peur de vivre.....	1.50
SAAVEDRA FAJARDO.—Ed. Clásicos Castellanos-La República literaria.....	7.00



CUENTA

Imprenta
Trejos Hnos.

con nuevo surtido en tipos
y ejecuta sus trabajos con
NITIDEZ Y ECONOMIA

LIBRERIA TREJOS HERMANOS

Apartado RR SAN JOSÉ, COSTA RICA América Central

Catálogo de obras de autores nacionales

Béeche, Octavio <i>Estudios de Derecho Constitucional, pasta</i>	2.00
Cardona, Jenaro. <i>El Primo, 1 tomo 15 x 20 de 290 págs.</i>	1.00
Echeverría, Aquileo. <i>Poesías, Concherías, Epigramas, 1 tomo 15 x 23 de 64 págs</i>	1.00
Fernández Güell, Rogelio. <i>Plus Ultra, 1 tomo 12 x 19 255 págs.</i>	3.00
<i>Poesías, 1 tomo 14 x 21 de 152 págs.</i>	1.50
<i>La Clave del Génesis, 1 tomo 12 x 18 de 87 págs.</i>	1.00
<i>Psiquis sin velo, 1 tomo 16 x 22 de 348 págs</i>	4.00
Fernández Guardia, Ricardo. <i>Crónicas Coloniales, 1 tomo 14 x 20 319 págs.</i>	3.50
<i>Reseña Histórica de Talamanca, 1 tomo 16 x 24 198 págs.</i>	3.00
<i>Hojasca</i>	2.50
González Rucavado, Claudio. <i>Escenas Costarricenses, 1 tomo 14 x 21 de 103 págs.</i>	1.00
<i>Egoísmo, 1 tomo 15 x 24 de 185 págs.</i>	1.00
Gagini, Carlos. <i>Diccionario de Costarrriqueñismos, 1 tomo 18 x 26 de 275 págs.</i>	3.50
<i>Los Aborígenes de Costa Rica, 1 tomo 13 x 19 de 208 págs.</i>	1.00
<i>El Arbol Enfermo, El Erizo, Latino, novelas en 1 tomo 13 x 19 de 150 págs.</i>	1.00
<i>La Sirena, novela, 1 tomo 14 x 21 de 124 págs.</i>	2.00
<i>La Caída del Aguila, novela, 1 tomo 13 x 17 de 181 págs.</i>	1.50
<i>Nociones de Psicología.</i>	0.75
<i>Vocabulario de los Niños (Curso Superior)</i>	0.75
<i>El Marqués de Talamanca. Los pretendientes (zarzuelas), Don Concepción (comedia)</i>	0.50
Garnier, José Fabio. <i>Pasa el Ideal, teatro, 1 tomo 14 x 20 de 32 págs.</i>	0.50
<i>Agua Santa, teatro, 1 tomo 14 x 20 de 32 págs.</i>	0.50
<i>A la Sombra del Amor, 1 tomo 11 x 15 de 168 págs.</i>	2.00
González, Luis Felipe. <i>Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica, 1 tomo 15 x 22 de 320 págs.</i>	5.00
García Monge, Joaquín. <i>Hijas del Campo, 1 tomo 12 x 15 de 168 págs.</i>	1.00
<i>Abnegación, 1 tomo 12 x 19 de 89 págs.</i>	1.00
<i>El Moto, 4 tomo 11 x 16 de 80 págs.</i>	1.00
Jinesta, Ricardo y Carlos. <i>La Instrucción Pública en Costa Rica, 1 tomo 12 x 17 de 291 págs.</i>	2.00
Junoy, Ramón (Presbítero) <i>Del País de los Sabios</i>	3.00
Magón. <i>La Propia, Cuentos, 1 tomo 12 x 16 de 296 págs</i>	2.50
Noriega, Félix F. <i>Diccionario Geográfico de Costa Rica</i>	3.50
Sotela, Rogelio. <i>Valores Literarios de Costa Rica, 1 tomo 12 x 21 de 195 págs.</i>	3.00
Sáenz, Vicente. <i>Traidores y Despotas de Centro América</i>	1.00
<i>Cuentos de Amor y de Tragedia</i>	1.50
<i>Cartas a Morazán</i>	2.00
Trejos. <i>Geografía Ilustrada de Costa Rica</i>	1.50
<i>Revista de Costa Rica, mensual, al año.</i>	5.00